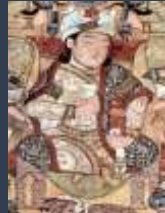




Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

22 – Un nuevo rival para Shīha

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 22 – Un nuevo rival para Shîha



Shîha se retiró a su tienda, y el rey se quedó solo y fue a tenderse en su lecho. Pero, esa noche, nadie se encargaba de vigilar el pabellón del rey; pues, como ya conoce mi respetable audiencia, Saad se había ausentado por la noche, y, evidentemente Ibrahim estaba fuera de juego. Ahora bien, Saad e Ibrahim eran los dos encargados de esa vigilancia, y a nadie se le habría ocurrido hacerse con sus prerrogativas; así que... el rey no tardó en dormirse –¡gloria a Aquel que nunca duerme!–, y, sumido como estaba en un profundo sueño, de pronto, tuvo la impresión de que una montaña caía sobre él, aplastándole de la cabeza a los pies. Al tomar conciencia, percibió en la oscuridad a un ser humano: era una especie de coloso, gordo y grande como un joven búfalo, que se había sentado a caballo sobre él,

sujetándole con ambas piernas. Creyendo que se trataba de una pesadilla, el soberano se echó a temblar.

– ¡Imploro la protección de Dios contra Satanás el lapidado! –pronunció el rey– ¡En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso!

– ¡Nada temas, *dawlatli*¹, que el Nombre de Dios sea sobre ti! –replicó el misterioso visitante– Duérmete tranquilamente y que tengas buenos sueños.

– ¡Cómo diablos quieres que me vuelva a dormir, después de un susto así! –protestó el rey– Y, además, ¿quién eres tú?

– Mi nome –ojalá quede grabau pa siempre en el corazón de tus enemigos– es Siwân, hijo de El-Afaa, el hereu de la hermana de Yabal, fillo e “Cabeza viejo con las sienas grises”, de la ciudadela El-Ulayqa² –proclamó orgullosamente el hombretón–. Hace ya mucho tiempo que partí en busca de mi tío materno, el capitán *Maarûf, y anduve errante

¹ Título turco-árabe, que viene a significar algo así como “príncipe” o “señor de mis tierras”, utilizado por los ismailíes para dirigirse a Baïbars.

² Salvo error, ninguno de estos personajes ha aparecido hasta ahora en el “Baïbars”, y esa ciudadela, en cuestión, tampoco ha sido mencionada nunca.

por tierras de los francos; investigando en cada convento y en todos los reinos y ciudades que estuvieron a mi alcance; pero no he encontrau ni el menor rastro el capitán. Así que, volví a mi casa, a El-Ulayqa, y al llegar, encontréme cuánto había cambiau todo, y dijéronme que los valientes *fidauis* estaban a tu servicio, y que tú nos habías colocau como sultán a una especie engendro e beduíno medio enanu. “¡Maldita sea¹ –díjeme pa mi coletu–, esu no me presta nada! Con que, si esu es así, ¡a ese principuco El-Zâher échole yo del tronu!; ¡el Yerbajillu² ie home muerto! ¡y yo, hágome sultán y que el buen Dios me conceda la gloria eterna!” Pero, en ese momento, los otros paisanus vinieron a verme:

– Escucha, Siwân –díjéronme–, El-Zâher ie un buen tío, un tío con honor y religioso; mejor ie que marches pa verle y decíle quién eres tú: seguro que entonces ia de nombrate sultán e los castillos y las ciudadelas, en lugar del otru”.

Así que aquí estoy: ahora, dame un pedacín de papel como que tú me nombras sultán.

– ¿Pero es que te crees que eso es un cucurucho de caramelos? –protestó el rey– ¡Primero has de merecerlo! Es cierto que he confiado ese cargo a Shîha; pero, no antes de que llevara a cabo para mí más de mil misiones, y, si una era difícil, la siguiente lo era aún mucho más. Y tú; tú aún no nos has mostrado de lo que eres capaz.

– ¿Yo? –se indignó Siwân.

– ¡Sí, tú! ¿A quién te crees que le estoy hablando?

– ¡Por mi cabeza!: si dígole yo a mis botas: “¡id allá abaju!”, ellas irán! No tienes más que mandame lo que tú quieras.

– Está bien: ¡vas a ir al campamento de los francos y me traerás a Dukás!

– ¡Hecho! –se pavoneó Siwân– Mientras tanto, ale, dame ese papelín.

– Sí, sí; cuando vuelvas.

– ¡Ni hablar, fillo mío! ¿Tómasme por tontu, o por faltoso? Anda, rápido, escríbeme el papelín, y por la vida e mi padre, que yo tráigote aquí a tu Dukás ese.

– Es que no tengo ni papel, ni nada con lo que escribir –objetó el rey.

– Eh, eh, *dawlatli*, como se suele decir: “Quien quiera viajar por mar, no ha de partir sin bizcochu”. Dudé un poquinín, y al pasar por Tiberíades, compréme este plumier por diez *otmanis*³, y trájeme esta hoja e papel que encontréme en casa, en el castillo.

– Está bien, está bien; levántate de mis piernas, y te escribo una nota –suspiró el sultán.

El *fidau* se levantó enseguida, y le tendió la pluma, el tintero y la hoja de papel. El rey garabateó unas pocas líneas, plegó la hoja cuidadosamente y la selló.

– Y ahora, ¡vete a buscarme a Dukás! –le ordenó el rey.

¹ En la intimidad, o cuando son presas de una fuerte emoción, los ismailíes tienden a usar su dialecto, característico de las regiones rurales y montañosas de Siria; la traducción se esfuerza en reproducir con mayor o menor acierto esta peculiaridad.

² Se refiere a Shîha.

³ Moneda otomana equivalente a un tercio de *para*: 1/120 de piastra.

El *fidaii* se eclipsó; minutos más tarde, estaba de vuelta, llevando al guerrero franco bien drogado y metido en un saco.

– Aquí tienes, *dawlatli*: ¡estu es lo que se dice hacer un buen trabajo! –declaró triunfante– Homes como yo ie lo que hay que nombrar pa sultán e los castillos; y no al Yerbajillu. Vamos, ahora dami el papelín ese.

El-Zâher le entregó el objeto de sus deseos:

– Mañana, después del combate, ven a reunirme conmigo en mi pabellón: allí, te entronizaré solemnemente en presencia de los *fidaiis* –le aconsejó.

Cuando Siwân se hubo retirado, abrazando amorosamente su trozo de papel, el sultán llamó a los guardias que vigilaban la tienda en donde estaban los prisioneros y les confió a Dukás para que le encadenaran. El-Zâher, después de tanta agitación, perdió las ganas de dormir definitivamente, y se pasó el resto de la noche en vela.

En cuanto a Siwân, mientras andaba deambulando entre las tiendas del campamento, de pronto, tropezó con un hombre que estaba tumbado en el suelo, y que, al pisarle, protestó enérgicamente.

– Pero bueno, ¿se puede saber dónde tienes los ojos? ¡A ver si miras adonde pones los pies, pedazo de palurdo!

– ¡El palurdo lo serás tú! –le replicó el *fidaii*– ¡A quién se le ocurre! ¿Quién te ha mandado tumbarte en mitad del camino?

Al observar a su interlocutor más de cerca, se dio cuenta de que estaba hablando con un derviche mendicante.

– Por cierto, mi dervichín, ¿no sabrás tú leer? –le preguntó ya en un tono más dulce.

– Claro que sí. ¿Qué quieres que te lea?

– Pues es que... ando con un papelín, y prestaríame que me lo leyeras.

– Y ¿cómo quieres que te lo lea; con una noche tan negra como el carbón?

– Espera un poco, que te alumbre.

Siwân metió la mano en su saco de herramientas y sacó una linterna ciega y una caja de cerillas de azufre.

– ¡Ya está! –exclamó Siwân encantado– Ahora, tócate a ti.

El derviche cogió el papel y descifró lo siguiente:

“*Por orden del rey, Siwân es nombrado sultán de los gatillos y de las candelas*”.

– ¡Pon atención a lo que lees! –le bufó Siwân– ¿Qué tontunas me cantas con eso de tus cestillos y tus candelas?

– Escucha, yo... leo lo mejor que puedo –se explicó el derviche.

– Míralo bien; no ie “de los gatillos y de las candelas”; lo que debe decir y estar escrito ie “de los castillos y de las ciudadelas”.

– ¡Sí, sí; estoy seguro! –exclamó el derviche– ¡Ahora lo veo bien todo!

– Entonces, pedazu e faltosu, no es lo que yo te había dicho... Con que ¡de los gatillos y de las candelas! ¿eh? Y ahora, dime, mi dervichín; ¿qué dice después? Sí, en esa línea de abajo, ¿qué poni?

– Espera... aquí dice: “el arroz con leche, cuanto más frío esté, mejor sabrá” –descifró el derviche.

– ¡Esu ie verdad, esta vez no te has equivocau! Paréceme que el rey debía tener fame... Bueno, ahora dame mi trozo e papelín.

Cogió su precioso documento, y luego hurgó un buen rato en su bolsa.

– Lo siento, mi dervichín –concluyó–: por más que he mirau por todas partes, no he encontrau ni un céntimo para darte; pero no te priocupes: no tienes más que venir a verme cuando yo sea sultán, y te recompensaré como se debe.

Tras estas palabras, dejó al derviche allí plantado y se marchó.

A la mañana siguiente, los tambores de guerra batieron en ambos campamentos. Se dice que ese día la batalla fue terrible: por la noche, montones de cadáveres – ¡Dios nos proteja! – atestiguaban la violencia de la batalla. Es cierto que el ejército de los francos contaba con cien mil hombres, pero el de los musulmanes era igual de numeroso, además de fuerte, gracias a que en sus filas se hallaban los *fidauis*, los kurdos ayyubíes, los dailamitas, los turcos, los turcomanos y los circasianos; además de los contingentes de los virreyes de las provincias. Más de cincuenta mil guerreros perecieron ese día, pues era tan enorme y compacta la multitud, que los caballos no podían ni siquiera maniobrar. Por fin, los tambores tocaron a retirada y los dos ejércitos se separaron, mientras los francos enarbolaban sus *banderas*¹, pidiendo una tregua.

El sultán se fue en ese momento a su pabellón para recibir la enhorabuena y felicitaciones de los Combatientes por la Fe. Cuando se hubieron reunido todos los *fidauis*, se dirigió a *Sulaymân el Búfalo:

– Dime, capitán, ¿conoces tú a un tal Siwân, hijo de El-Afaa?

– Por supuesto, Comendador de los creyentes. Es un *fidauí* de la ciudadela de El-Ulayqa, e hijo de la hermana de Yabal, hijo del “Cabeza de viejo, el de las sienas grises”. Hace mucho tiempo que partió en busca de Maarûf... Pero, ¿por qué me preguntas eso? ¿algún problema? Esperemos que, si Dios quiere, todo vaya bien.

– Pues porque ayer vino a verme y me trajo cautivo a Dukás, a cambio de que le proclamara sultán de los castillos y las ciudadelas.

Y el rey le relató su encuentro con el *fidauí*.

¹ Sic.

– ¡Me muero de risa! –comentó el valiente capitán– En tanto el Maestro de las Argucias siga en su puesto, ese pequeño bocazas no tiene ni la más mínima oportunidad, así hubiera capturado a veinte Dukás...

Mientras charlaban de esa manera, un derviche penetró de pronto en el pabellón, invocando a voz y en grito la protección de Dios sobre el rey.

– *Haqq-e dôs*¹ –proclamó– ¡Dios es generoso con los que aceptan sus desgracias con paciencia! ¡*Hi vallah ya ho!* –prosiguió, avanzando hacia el trono y haciendo una profunda reverencia ante el sultán, que ordenó entregarle cien monedas de oro.

– Disculpa, *efendem* –protestó el derviche–. Yo no deseo ni oro, ni plata.

– Entonces, ¿qué deseas?

– ¡Que me nombres sultán de los castillos y de las ciudadelas!

– Pero, mi buen derviche, ¡tú eres un mendigo que vives en paz con Dios! ¿Qué necesidad tienes de ser sultán?

– Oh, Comendador de los creyentes, he oído que se te había metido en la cabeza ofrecer ese título al primero que llegara, y entonces me dije que yo era tan digno como cualquier otro...

– Te conjuro por el Supremo Nombre de Dios: ¿quién eres tú? –le preguntó el rey, que ya comenzaba a sospechar algo.

– *Efendem*, yo soy el esclavo que guarda tu puerta, tu escudero, Shîha –respondió el derviche esbozando una amplia sonrisa.

– ¿Y a qué viene toda esta mascarada?

– Pues porque ha llegado a mis oídos que Tu Majestad había confiado mi cargo a Siwân, y yo he venido simplemente a ver si eso era cierto...

– ¡Vamos, vamos, Yamâl El-Dîn! –protestó el rey– Antes de nada, toma asiento, por favor... En realidad –prosiguió el rey–, al no saber cómo quitármelo de encima, le redacté un simple papelillo nombrándole sultán de los gatillos y de las candelas.

Estaban en esas, cuando de pronto, se abrió la cortina que cerraba la entrada y vieron aparecer a Siwân.

– ¡Que el buen Dios os dé fuerzas, compañeros! –lanzó a los allí reunidos.

– ¡Ojalá Dios también te dé fuerzas a ti! –respondió el rey, disimulando una sonrisa.

– ¿No habrá por aquí uno que se llama Zâher? –prosiguió el otro en el mismo tono.

– *Efendem*, ¿no te había dicho que no hay nada tan venenoso como estas gentes del campo? –susurró Shîha al oído del sultán.

– En efecto, yo soy El-Zâher –contestó el rey.

¹ En (muy mal) persa: “Lo que se me debe por haber hollado esta tierra”; exclamación ritual de los derviches mendicantes para pedir limosna.

– Pues en buena hora, y saludos pa tu barba, mi compadre. No te m’enfades si no te he reconocido, ayer por la noche, cuando m’escribías el papelín, no me fijé bien en tu cara...

Tendió el documento al sultán que, a la vez que le hacía un guiño cómplice a Shîha, llamó al *qafatán aghasi*¹, ordenándole que trajera un caftán de honor y lo pusiera sobre los hombros del *fidaii*.

– ¿Cuál será su cargo? –entonaron los allí presentes, siguiendo el protocolo acostumbrado.

– Yo le nombro oficial abanderado en el *odyaq*² de los ismailíes, a las órdenes de Yamâl El-Dîn.

– ¡Que Dios le bendiga, pues es digno de ello! –respondieron todos.

– ¡Eh, momento, *dawlatli*, que ie toda esa pamplina! –protestó Siwân– ¿Tú me quieres colar con los guiñoles de esí abortu cuida camellos? Pues sí ie así, ¡quedati con tu caftán! ¡Y yo que te tenía por un home de bien!

Arrojando al suelo su manto de ceremonia, Siwân abandonó el pabellón real, horriblemente vejado, regresando a tierras de los francos. No volverá a aparecer hasta pasados siete años.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.23 – Mangoberto, o “siembra vientos, y recogerás tempestades”

¹ En turco: “el agha de los caftanes”, oficial encargado de investir, a los nuevos dignatarios promovidos, con los mantos de honor, insignia de su función o cargo.

² Ese término designa a los diferentes cuerpos del ejército de Baïbars.